

PIEGAS

Vida Nueva

2.971. 9-15

ENERO DE 2016



Un obispo diez

Para unos, fue un profeta; para otros, un místico; para muchos de nosotros, simplemente, don Alberto. En la hora del adiós, una decena de testimonios nos recuerdan al hombre bueno, al creyente fiel, al obispo diez que fue monseñor Iniesta.



TRES RECUERDOS DE ALBERTO INIESTA OBISPO

CARLOS OSORO.
Arzobispo de Madrid

Conocí a Alberto Iniesta cuando ingresé en el Colegio Mayor de El Salvador, donde él había estudiado también. Dio algún retiro a la comunidad de estudiantes. Pero fue en las vacaciones del verano cuando pude tener una comunicación mayor con él.

Al terminar el año de espiritualidad, en el verano, se nos enviaba a hacer algún trabajo pastoral, de encuentro con otros ambientes. A mí me mandaron a una colonia que tenía Cáritas Diocesana de Albacete, en el Cristo del Sahúco. Fui unos días antes de comenzar la colonia y me quedaba en el Seminario de Albacete, donde estaba de formador don Alberto. Allí comenzó mi relación con él. Bien es verdad que todos los que estudiamos en el Colegio Mayor de El Salvador, aunque no hubiésemos coincidido en el mismo durante nuestra formación, nos hemos sentido siempre una gran familia, lo cual facilitaba la relación con cualquiera de los que hubieran estudiado en

vocaciones tardías, como se decía en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Después coincidí en una tanda de ejercicios espirituales que él daba y, más tarde, ya como obispo. Como tengo costumbre de hacer mi diario, he revisado aquellas páginas y os voy a relatar sencillamente lo que tengo anotado de varios encuentros con don Alberto Iniesta:

Primer encuentro: de seminarista

¿Cuáles son los recuerdos que tengo de aquellos días de verano pasados con él? En mi diario tengo escritas estas expresiones que recogí de las conversaciones: "Carlos, aprende junto a Jesucristo y en los estudios en la Universidad Pontificia a vivir siempre con la mano tendida y el corazón abierto, que nunca te bloquee nada estas actitudes que son esenciales para un pastor. Nunca vivas con acritud, polémicamente o agresivamente. Vive en el recuerdo de estas palabras de Jesús: 'Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen'. Son palabras que quieren decirnos que, con Cristo, la historia ha dado un giro copernicano, todo vuelto al revés. No tienes enemigos, tienes hermanos. Así nos lo ha dicho el Señor: 'Amad a vuestros enemigos y rogad por los que os persiguen,

para que seáis hijos de vuestro Padre celestial, que hace salir el sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos'. Aprende de quien puede enseñártelo a amar, no con palabras sino con el corazón y con la vida".

Segundo encuentro: de sacerdote

Fue en unos ejercicios espirituales. Entre las frases que tengo apuntadas están estas: "Como sacerdote, Carlos, ten amor a la verdad, ello te va a conducir a una mejor autenticidad. Mantén en tu vida un sentido profundo de la justicia, de la justicia de Dios, que va mucho más allá, más adelante y más al fondo que la de los hombres. Vive en una ejemplaridad moral que sea testimonio y fermento en la construcción de la convivencia y de la sociedad, en la familia, en el trabajo, en todas las actividades. Haz siempre un discernimiento sereno de toda tu vida y de las actividades, situaciones y problemas que surjan a la luz de la fe. Mantén un respeto sagrado a las personas y a sus ideas, esto hace posible el diálogo y capacita para convivir y disponernos a encontrarnos siempre. Para todo tienes que vivir en una conversión permanente, que se traduce en más fe personal, más ilustrada, más orante y con más compromiso;

que te hará ser un evangelizador ferviente, llevando la gracia de Cristo, la búsqueda de la comunión entre los hombres, te mantendrá independiente pero no indiferente”.

Tercer encuentro: de arzobispo de Madrid

Después de mi nombramiento como arzobispo de Madrid, me escapé de Valencia un día para comer con él y con don Ciriaco, obispo de Albacete. Estuve en su lugar preferido, que era la capilla de la Casa Sacerdotal. Allí tenía su rincón, con libros y notas, aunque ya hacía pocas, pues su vista se lo impedía. Pero me dijo esto: “Cultiva lo que el apóstol san Pablo nos dice en la carta a los Filipenses: ‘Que la paz de Dios custodie vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús. Finalmente, hermanos, todo lo que es virtud o mérito, tenedlo en cuenta... y el Dios de la paz estará con vosotros’. Da siempre mucho más de lo que pide la gente, como el apóstol Pedro, ‘no tengo oro ni plata, lo que tengo, eso te doy: en nombre de Jesús Nazareno, levántate y anda’. El mendigo pedía limosna y le dio mucho más, la curación. Da eso: el mensaje de Cristo y la oración”.

Y en la última llamada de teléfono a Madrid, me dijo: “Estoy pidiendo para ti un amor entrañable y apasionado para todos, que provoque respeto mutuo y amor que se extiende a quienes piensan de manera diferente, pues la obligación de hacerte prójimo de todos te obliga como cristiano y, por supuesto, como obispo”.

Muchas gracias, hermano Alberto, obispo auxiliar emérito de Madrid.

MATRÍCULA DE HONOR EN EL EXAMEN FINAL

JOSÉ BONO. Presidente
del Congreso de los Diputados

El pasado día 4 asistí al entierro del obispo Alberto Iniesta en la Sacramental de San Isidro. Tres sorpresas iniciales: dos positivas, las presencias del exministro Martín Villa y del arzobispo Osoro; y otra triste, la ausencia del cardenal Rouco. Si estaba imposibilitado, que perdone la mención.

El templo estaba lleno a rebosar, el aspecto de los asistentes evocaba aquellas asambleas del Pueblo de Dios que en los últimos años de la dictadura celebrábamos en los templos católicos con la complicidad de unos cuantos obispos que abiertamente estaban con su pueblo y en contra de la tiranía.

Aquella Iglesia de la Transición, dirigida por Tarancón, era aliada de la libertad, y de ella era pastor muy cercano a su pueblo el obispo Iniesta. Hoy ya no ocurre así: la mayoría de los obispos españoles ni están ni se les espera en los sectores más progresistas de la sociedad ni en la izquierda española.

Iniesta, un hombre del pueblo, se presentó siempre en humildad y pequeñez ante Dios y las miradas del mundo. Nunca se preocupó de su propia grandeza ni de su gloria. Por eso no me extrañó que su féretro se depositara primero en el suelo del templo y después en un carricoche sencillo con más ruedas de goma que terciopelos de adorno. San Pablo recuerda con insistencia a los cristianos de Corinto que habrían preferido una evangelización más brillante en sabiduría humana y en milagros: “Bien se puede decir que Dios ha escogido lo débil a los ojos del mundo, para confundir a los poderosos”. Iniesta fue débil y fue bueno, y quizás por eso no pudo acabar su ministerio episcopal con gloria humana ni culminar una carrera eclesiástica de postín.

Cuando la Iglesia busca su propia gloria bajo el pretexto de asegurar la gloria de Cristo, se sitúa fuera del régimen evangélico, se contradice a sí misma, porque, fundada sobre el Evangelio, escoge de hecho referirse

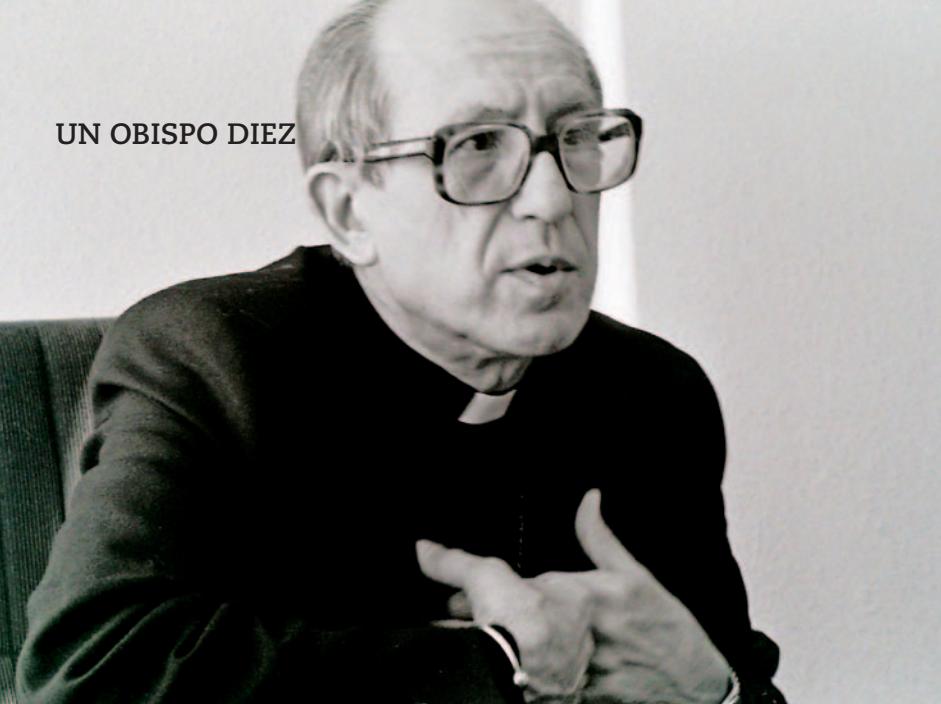
en su conducta a una sabiduría humana y no al Sermón del monte.

Hasta la llegada de Francisco, la Iglesia, en su manera de enseñar, no era respetuosa: Roma hablaba soberanamente de todo (de sexo, filosofía, ciencias, medicina, naturaleza, economía...), siendo así que en todo esto no tiene asegurada la luz del Señor que, por cierto, invitó a “no juzgar para no ser juzgados”. Este abuso de poder de la Iglesia ya no se soporta, porque para muchos de nosotros la fe es luz, alegría espiritual, invitación a la búsqueda, pero no es en absoluto una garantía contra el error ni contra las muchas dudas que nos plantea la misma fe.

A los heterodoxos, normalmente, ni se nos quiere ni se nos acepta. El aparato organizativo de la Iglesia está concebido para contener, para frenar, para condensar. La Curia romana para contener al episcopado, el episcopado para contener al clero, el clero para contener a los laicos y los laicos cristianos para contener –qué ilusión!– a los hombres. Los escritos apostólicos nos describen una Iglesia con otro clima, un clima fraternal de participación y oración común, en los Hechos de los Apóstoles: “La multitud de los creyentes no eran más que un solo corazón y una sola alma”.

Alberto Iniesta era de los que amaban a sus semejantes, a los que le resultaba fácil querer y a quienes quizás le costaba mucho no despreciar. Como recordó Osoro en su homilía, el mandamiento del amor no excluye a los enemigos; y eso es duro, solo está al alcance de los santos. Alberto sirvió en Vallecas y vivió pobre, muy pobemente. Obispo Alberto Iniesta, descansa en paz.





UN CORAZÓN ABIERTO Y LIBRE

ROSARIO MARÍN. Directora de *Vida Nueva* de 1993 a 2002

No me extraña que don Alberto se haya marchado a las manos de Dios Padre-Madre en Navidad. Su figura, su carácter, su trato, me recuerdan a los humildes personajes del Belén que hemos contemplado estos días.

Porque este obispo frágil y menudo nunca tuvo aire de jerarca y sí mucho parecido a alguno de esos pastorcillos menudos, arrodillados, que permanecen en adoración y silencio, atentos a las calladas lecciones que da un Niño en pañales, embelesados con una pareja, María y José, desbordada por el misterio que les rodea.

Creo que don Alberto vivía el 'solo Dios basta', pasaba por alto casi todo lo que le distrajera de su propósito de conocer a Jesús y transmitir el Evangelio de la manera que le fuese posible.

Amaba profundamente a la Iglesia, y nunca sabremos cuánto sufrió en momentos difíciles porque no quiso hacer gala de ello. Le gustaba leer y releer los libros de *Historia de la Iglesia*, de Flóhic-Martin, sus más de 30 tomos, porque decía que eso le ayudaba a entender el presente y a perdonar los fallos.

En *Vida Nueva* encontró un buen altavoz con el que dirigirse a feligreses dispersos que le querían y leían asiduamente. Consideraba que escribir la columna, entonces

semanal, era parte de su ministerio. Por eso se resistía a ser apartado de ese pequeño espacio y creo que lo ha mantenido hasta el final.

A quienes le conocimos cuando ya la épica del Concilio Vaticano II y la Transición habían pasado, su palabra nos aportaba luces matizadas y un deseo de empatizar y entender lo nuevo que solo pueden surgir de un corazón abierto y libre.

Para mí siempre tenía palabras fraternas, sin distancias, comentando con sencillez lo que le gustaba de la revista en los cambios que se hicieron en mi etapa y señalando igualmente lo que le parecía menos adecuado... Tuvo gracia cuando nos pidió que le hiciéramos una foto en la que estuviera sonriente, porque así era como le gustaba que lo vieran los lectores.

Nos daba a toda la redacción un gran ejemplo con su austeridad, su gratuidad –nunca quiso cobrar sus colaboraciones– y su afán por adaptarse a lo que le pidíramos.

No olvidaré su conversación luminosa, su delicadeza con cada persona... ni su rostro sonriente.

PROFETAS NECESARIOS

ANTONIO GARCÍA RUBIO. Párroco de *Nuestra Señora del Pilar*. Madrid

Nos planteamos a menudo la necesidad de sacerdotes y obispos 'profetas' para esta sociedad y esta Iglesia, y la llegada del Papa-profeta nos despertó el deseo de contar con ellos. Todos llevan por su ordenación

o consagración el regalo de ese necesario carácter profético, pero no acaban de ser muchos los que encajan bien esa misión profética, que, por otra parte, resulta esencial para que el mundo crea y la Iglesia se sienta alentada por el Espíritu de profecía.

Ni todos los curas ni todos los obispos están llamados a ser profetas del mismo modo, pero sí es necesario que se cuente con un número significativo de curas y obispos que, como el papa Francisco, sean verdaderos profetas, tanto por sus palabras vivas y conectadas con el sentir del Evangelio y del Pueblo de Dios, como por sus gestos, ética, eclesial y socialmente significativos, capaces de dejar huella en el alma de las gentes, los pobres y cuantos buscan la verdad.

Don Alberto Iniesta, con su muerte, viene a despertar el deseo de pedir al Señor que envíe a sus sacerdotes y obispos dotados de ese sentir profético, tan necesario y vital para una Iglesia desangelada y una sociedad descompuesta y sin guías espirituales. Sin desmerecer a ninguno de nuestros sacerdotes y obispos, ya que cada uno tiene una valía específica y necesaria para el devenir de la Iglesia, sin embargo, adoleceremos de curas y obispos 'profetas' que sean significativos. Al menos, el Pueblo de Dios no sabe descubrirlos.

Don Alberto, que, todavía hoy, después de muerto –acabamos de leerlo–, sigue creando polémica en gentes desaprensivas, tras vivir fecundos años de un compromiso episcopal y socio-religioso inusual por la realidad política de la España de los años 70, deja una estela de humildad, de trabajo desinteresado, de capacidad de comprensión del pueblo y la Iglesia reales, de profetismo emblemático, de tozudez en criterios y modos de actuar con el fin de sacar adelante un proyecto de Iglesia que superase los condicionamientos históricos y se adaptase a la doctrina y al espíritu del Concilio Vaticano II, de hondura espiritual y evangélica, de cercanía a los pobres, a los desheredados y a los apartados de las decisiones, que le hacen merecedor de este sentido profético que sería de desear en algunos cristianos, sacerdotes y obispos actuales.

Acabo compartiendo un pequeño regalo: el obispo Iniesta, tras la lectura del Credo que ha dado sentido a mi vida, me dejó un hábito que fue creciendo en mí a lo largo de los años. Decía él que aprovechaba sus viajes por la ciudad, en su dos caballos, para orar. Había convertido el coche en un lugar habitual de oración, en un templo. Yo se lo copié; y, desde entonces, aprovecho mis viajes en coche, o en otros medios, para rezar. Un precioso hábito. Gracias, don Alberto, por ese y por tantos otros detalles que nos enseñaron y siguen enseñando a ser cristianos, curas y obispos para el servicio y la defensa del pueblo humilde y de los pobres. Nos queda mucho por andar. Ruegue por nosotros.

UN OBISPO CONCILIAR

GABINO DÍAZ MERCCHÁN.
Arzobispo emérito de Oviedo

La muerte de Alberto Iniesta Jiménez me invita a recordar su estilo, que plasmó la figura pastoral del obispo de la nueva evangelización, en los momentos más polémicos de la Transición política española.

Consagrado obispo en 1972, se hizo cargo de la zona apostólica de Vallecas, donde realizó un servicio pastoral muy estimable de acercamiento a los más alejados de la Iglesia y excluidos de la sociedad. La postura valiente de Alberto en su ministerio de obispo auxiliar del cardenal don Vicente E. Tarancón en Madrid, fue comprometida y

sacrificada hasta el extremo, en especial por la celebración de la Asamblea Pastoral de Vallecas (1975). Criticado y denunciado con frecuencia por cristianos conservadores, acusado insidiosamente por extremistas de varios signos, utilizado también con frecuencia por movimientos políticos clandestinos en aquella España de las postimerías de F. Franco, Alberto Iniesta siempre mantuvo la paz de quien buscaba ejercer de obispo con un nuevo rostro de la Iglesia, siguiendo la pauta del Concilio Vaticano II. Su labor estaba orientada a la función episcopal de acercamiento, de diálogo con todos, y al servicio del Evangelio, aunque ello le costara sufrimientos, que acabaron con su salud. Actuó siempre como mensajero del Evangelio y pastor del Salvador, aunque sus acciones y palabras le situaran con frecuencia en medio de la refriega religiosa y política de aquellos momentos. Nunca actuó por preferencias ideológicas de este mundo, sino buscando con simplicidad franciscana el modo de hacer presente a Jesús en la tarea de la nueva evangelización.

Alberto Iniesta tenía fácil palabra y ágil pluma. Colaboró hasta los últimos años de vida en revistas y publicaciones como *Vida Nueva*. Sus escritos dan testimonio de su inquebrantable fe en Jesucristo, de su amor a la Iglesia y de la defensa de los derechos fundamentales de toda persona sintiéndose hermano de los más débiles de este mundo. Nunca se negó a colaborar con quienes se lo pidieran. Aun sabiendo que unos y otros le iban a interpretar mal.

Siempre fue pregonero sincero del Evangelio y del Concilio Vaticano II.

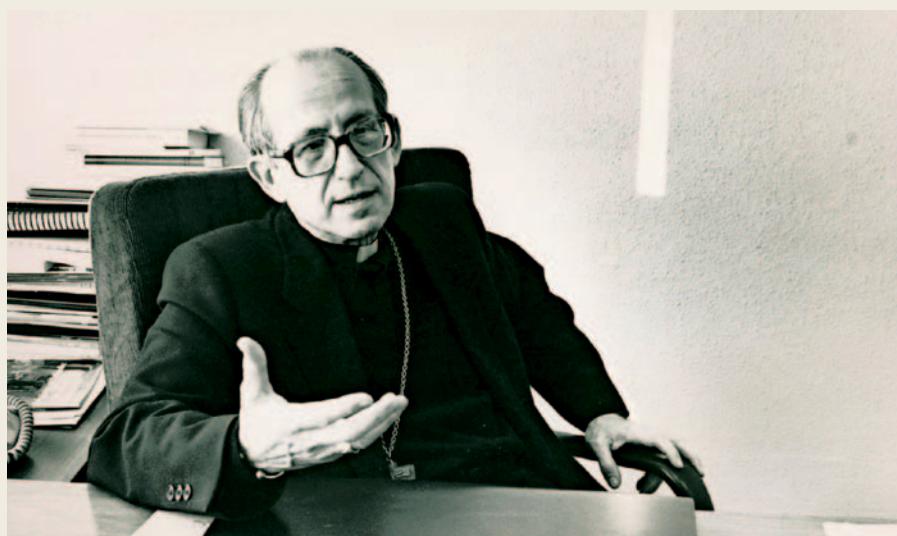
Guardo de él un grato recuerdo y admiración. Es para mí uno de los obispos españoles, que he conocido, más ejemplares por su vida pobre, y siempre abierto a ayudar a los más abandonados de la sociedad.

CON OLOR A EVANGELIO Y SABOR A DIOS

LUIS ARANGUREN GONZALO.
Director de ediciones de PPC

Aquí se reza muy bien". Es lo que me dijo un buen día el obispo Alberto callejando por las calles de Vallecas al volante de su Citroën dos caballos. Solía distinguir entre la oración "al paso", que hacía al calor y en medio de los pequeños acontecimientos de cada día; y la oración "en profundidad", en la que se sumergía en esa "cuarta dimensión" fontanal para quedar a solas con Dios. Para los jóvenes que en los años 70 llegábamos a Vallecas, Alberto nos introdujo con la cercanía del buen pastor en la aventura del Evangelio. Su ministerio episcopal descansa en su impecable magisterio a pie de obra. Más que oler a oveja -que también-, Alberto olía a la Buena Noticia del Evangelio y a debilidad por los débiles y por los pobres, sacramento de Dios. Sus cartas siempre finalizaban con ese "vuestro hermano en la Iglesia" que sentíamos como un entrañable abrazo.

En 1975 escribe en la colección 'El credo que ha dado sentido a mi vida', de DDB, su libro *¡Creo en Dios Padre!* Algunos esperaban un título más polémico y agitador. Pero el mensaje de aquel libro estaba claro: él era un creyente de los pies a la cabeza. No le podrían achacar ser muleta de ninguna ideología. Otra cosa es que era un creyente fiel a Dios y fiel a la historia. Era un contemporáneo de su tiempo y, como tal, sabía estar en la realidad. Sus homilías eran comprensibles y admirables. Su lenguaje, cercano y amable. Utilizaba imágenes como aquella de "la Iglesia es una colmena donde todos somos necesarios" o cuando hablaba de la búsqueda de Dios y nos otorgaba a todos la categoría de "detectives de Dios". Nos enseñó que con nuestros



UN OBISPO DIEZ

hermanos no creyentes somos ciudadanos y co-autores de una sociedad más humana y justa. Y que se trata siempre de sumar, no de dividir. Su *Recuerdos de la Transición* (PPC) es una buena muestra.

Él personifica muchas referencias que ahora encontramos ejemplares en el pontificado de Francisco: la alegría del Evangelio, la salida a las periferias o el callejear son atributos fácilmente identificables en este pastor que se desgastó hasta perder la salud. Precisamente, de ese callejear él me enseñó a contemplar los acontecimientos con la mirada amorosa de Dios para ser destellos de ese amor en el mundo.

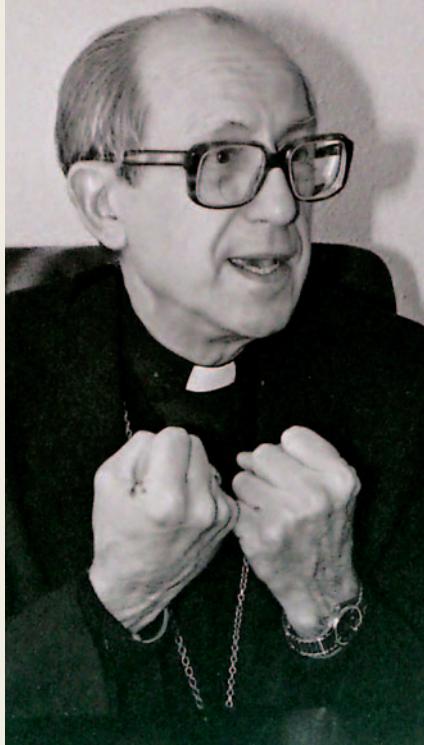
Alberto era un místico en la ciudad con alma de monje de monasterio. Cuando años más tarde, y trabajando ya en PPC, le pedí que escribiera un libro para las personas mayores, él no estaba muy convencido. Argumenté que como autor no había perdido la chispa y me respondió que ya no estaba "chisposo"; al mes me entregó *La Biblia de la experiencia* (PPC) como "propina", porque él ya había decidido no publicar más libros. Aquella propina fue una nueva chispa de Dios, como sus columnas en *Vida Nueva*. Sin duda, Alberto personifica lo mejor de PPC, al divulgar el Evangelio con un lenguaje popular, sin excesivo aparato conceptual y haciéndose entender.

Con Alberto Dios acarició nuestros barrios, aprendimos que de lo que se trata es de ser mucho y no de ser muchos, y a pesar de esa sensación de que las cosas no salían bien, te repito, Alberto, lo que te dije hace tres años cuando me despediste con un beso en Albacete: "Has hecho mucho bien, Alberto, y somos muchos los que te estaremos eternamente agradecidos". Créetelo. Nos veremos en la Plaza Mayor del Reino. Amén.

EL PUPITRE DEL DISCÍPULO OBISPO

VICTORIO OLIVER. Obispo emérito de Orihuela-Alicante

Al abrir la puerta de la capilla de la Casa Sacerdotal de Albacete, la mirada, instintivamente, se reposa en el Sagrario. Un sagrario, obra original de un sacerdote artista



y creador, querido en el presbiterio de la diócesis y entre sus fieles.

Ayer, de modo espontáneo, la mirada se me fue después hacia el final de la capilla, un cálido espacio tantas veces, tantos ratos, ocupado por Alberto. Ayer Alberto no estaba allí. Alberto está ya ocupando una de las estancias que Jesús, por delante, fue a prepararnos.

Una imagen, grabada, repetida veces en mi recuerdo, es la de Alberto en ese rincón sereno. Me hace bien retenerlo en mi retina y en mi corazón. Verlo allí.

En una estantería, a su izquierda, el misal romano, el martirologio, el libro de las horas, algún folleto con himnos litúrgicos en latín. Alberto se nutría de la Liturgia. Y de la Palabra de Dios.

Una silla sencilla. El andador cercano. Un pequeño foco le acercaba la luz que tanto necesitaba. Una lupa potente. Y, en los últimos años, la ayuda imprescindible de una tableta, que le agrandaba la letra según necesitaba.

Durante muchos años su ajuar para la oración fue una mesa singular y muy significativa. Era... un pupitre. Un auténtico pupitre de escuela de nuestros tiempos: el tablero con dos bisagras para poder abrirla y, a la vez, guardar en él la lupa.

Un pupitre. Largas horas ante él. Por la mañana bien temprano. Por la tarde. Sin prisas. Silencio. Escucha.

Su impresionante fidelidad al pupitre. Lo que le enseñaba y le recordaba, y, al mismo tiempo, enseñaba a otros.

San Agustín, ante sus fieles y con ellos, se declaraba "condiscípulo". Discípulo obispo, como Alberto. Las clases, en este caso, eran presenciales.

Hace tiempo comprendí el origen de la fuente de vida y de energía de Alberto. Estar sumergido en la Trinidad. Su pasión por Cristo y por el hombre, su amor al mundo. Su coherencia y su libertad. Su amor a la Iglesia. Su pobreza y el poder de sus limitaciones abundantes. El gozo en ellas. Su desierto de tantos años. Era escritor, era poeta, era contemplativo.

Me hace bien recordar el pupitre de Alberto y recordar a Alberto, como discípulo matriculado permanente. Discípulo obispo.

Así se siente, Alberto. Enhorabuena. Me hace bien tu pupitre. Gracias de tu hermano Victorio.

TAN GRANDE, EN UN CUERPO TAN PEQUEÑO

NINFA WATT. Directora de *Vida Nueva* de 2002 a 2006

Si tenemos que rapear para contar el Evangelio y que lo entiendan, aprendemos a rapear y rapeamos". Así decía el incondicional colaborador de *Vida Nueva* mirando con sus ojos pequeños y sonrientes. Igual que cuando hablaba del internet del Espíritu en el que todos estamos conectados (una lúcida reinterpretación de la comunión de los santos, pero con lenguaje que la gente de verdad entiende, que es lo importante). ¿Iniesta?: un pozo de sabiduría abierto a todo lo nuevo con posibilidad de ser camino para el bien.

Lo conocí de cerca cuando llegó a la dirección de la revista en la que él ya era columnista veterano. Inmediatamente puso 'a disposición' su columna, por si consideraba que su colaboración ya no era necesaria. Ese rito lo repetía cada año con sincera y humilde disponibilidad. Y con la misma sencillez aceptaba seguir adelante cuando se le pedía, porque no podía rechazar hacer cualquier bien posible si considerábamos que podía hacerlo. Y así continuaba, silencioso, amable (= digno de ser amado), austero, capaz de una

escucha atenta y acogedora ante toda fragilidad humana, con la delicadeza de quien comprende, abraza y escucha desde el corazón.

No puedo pensar en él más que con admiración, con ternura, con agradecimiento infinito hacia un hombre tan humano y tan de Dios. No le cuadran las etiquetas ideológicas que en su vida y en su muerte se han empañado en colgarle. Él era mucho más grande, mucho más bueno, mucho más verdad, mucho más de Dios. Misericordia y ternura infinitas labradas con la sabiduría de la vida que machaca y ahonda y purifica cuando está traspasada de eternidad. Y todo eso en una imagen pequeñita, aparentemente insignificante. Tan grande en un cuerpo tan pequeño.

Mi querido monseñor Iniesta, ya te estoy echando de menos. El mundo es un poquito menos bueno desde que tú no estás. (Sí, ya sé: en el internet del Espíritu seguimos estando... Pero a los que nos quedamos aquí nos duele).

UNA VIDA LLENA DE GRACIA

JUAN MARÍA LABOA.
Sacerdote e historiador

Para el que ama su vocación y a su gente, el tiempo se convierte en siembra y cosecha. Su vida resultó, a menudo, complicada y discutida, pero se puede afirmar que todo ha sido gracia porque

se afanó por la doctrina de Jesús y por el bien de sus hermanos.

Vivió Alberto Iniesta el desarrollo del Vaticano II como superior del Seminario de Albacete, y en toda su actividad posterior demostró haber asimilado su espíritu. Fue hombre profundamente espiritual, de carácter equilibrado y austero, experto en liturgia, elemento activo de cohesión entre los elementos de las comunidades cristianas con las que trabajó y apoyó. Delegado episcopal para los Seminarios Mayor y Menor, fue hombre de confianza del obispo Ireneo González, uno de los primeros obispos posconciliares de España.

Las asambleas diocesanas que prepararon la Asamblea Conjunta resultaron un auténtico revulsivo del clero y de la pastoral diocesana. Don Alberto participó activamente en el desarrollo de la asamblea de Albacete, especialmente participativa, y también en la Asamblea Conjunta celebrada en Madrid. A lo largo de su vida permaneció fiel a cuanto se aprobó en ella. De hecho, tanto Tarancón como el nuncio Dadaglio se fijaron en él por su actuación tanto en el Secretariado Nacional de Liturgia como en la Asamblea Conjunta.

Como obispo auxiliar de Madrid, resalta su presencia y actividad en Vallecas, donde fue sensible a los múltiples y agudos problemas humanos que afectaban a su población y que condicionaban profundamente la situación de la Iglesia en esta zona, el ejercicio de su

misión y la misma responsabilidad de los cristianos. En Vallecas y, de manera especial, en la preparación de la asamblea cristiana, chocaron todos los problemas existentes entonces, tanto políticos como ideológicos y eclesiales. Tarancón tuvo en cuenta no solo el bien de su diócesis y las características de esta vicaría, sino también las dudas romanas, el clima político y la armonía de una Iglesia dividida, mientras que Iniesta quedó entrampado entre la complejidad valleca y la conveniencia de afrontar cristianamente la situación de la vicaría encomendada.

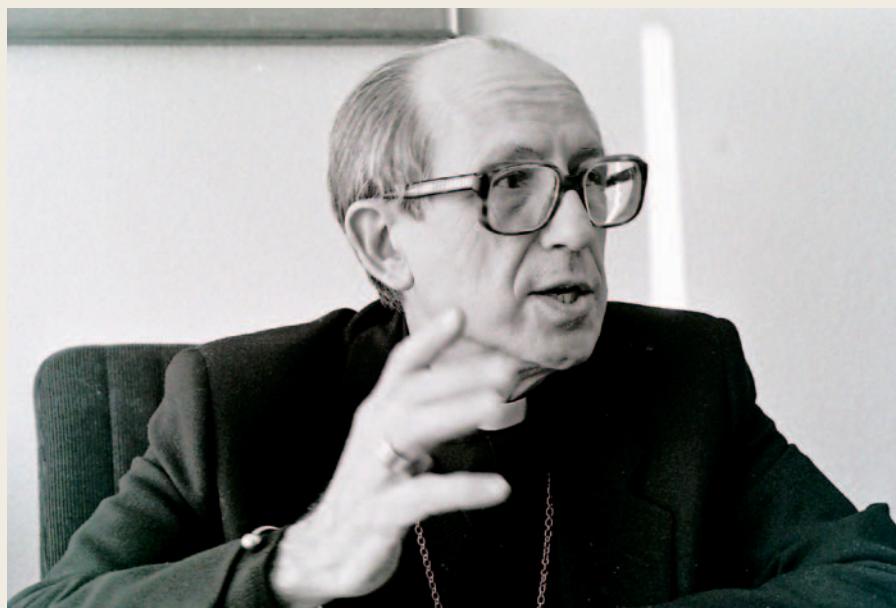
Creo que fue Iniesta absolutamente leal a Tarancón y al pueblo encomendado, pero hoy sabemos, tal como lo experimentó Pablo VI, que resultaba casi imposible ensamblar ideologías y doctrinas, secularismos e identidades cristianas, amor y solidaridad, en una Iglesia incapaz de digerir el Concilio. Vallecas no fracasó, pero tampoco maduró.

La caída de Tarancón supuso automáticamente la congelación de don Alberto. Suquía y Rouco se mostraron amables, pero no contaron con él. Tampoco Roma. Permaneció como auxiliar, y esto sorprendió en una España en la que existe la pésima tradición de que todo auxiliar debe acabar siendo residencial, aunque no sea lo más conveniente para una diócesis. En Iniesta no fue esta la causa. Hubiese sido un espléndido obispo para una diócesis, pero estaba marcado, tal vez porque fue un representante eminente del espíritu de la recepción conciliar en España.

UN PASTOR VALIENTE

ANTONIO PELAYO. Corresponsal de *Vida Nueva* en Roma

Mi primer contacto y conversación con Alberto Iniesta tuvo lugar durante la famosa y controvertida Asamblea Conjunta de obispos y sacerdotes en 1971. Él todavía no era obispo (sería consagrado auxiliar de Madrid-Alcalá en octubre de 1972) y yo era un curilla que hacía sus primeras armas periodísticas como redactor, con



UN OBISPO DIEZ

Manuel de Unciti, de las páginas de 'Iglesia posconciliar', en el tristemente desaparecido periódico *Ya*.

No puedo decir que fuimos amigos, pero sí que nos unía una cercana sensibilidad eclesial en aquellos convulsos años de la Transición y que ambos, desde distintos ámbitos y responsabilidades, estábamos muy unidos al cardenal Vicente Enrique y Tarancón.

Nuestras relaciones se estrecharon mucho durante el largo período de preparación de la nonata Asamblea de Vallecas de 1975. Siendo Unciti el portavoz de dicha asamblea, es evidente que las páginas del *Ya* estuvieron abiertas de par en par a este acontecimiento tan prometedor como discutido, y a mí me tocó en más de una ocasión la oportunidad de hablar con Alberto para afinar las informaciones y disipar los numerosos malentendidos que la derecha eclesial difundió hasta lograr que el Gobierno prohibiese su celebración. Recuerdo que Alberto aceptó los hechos con cristiana resignación, pero no renunció a seguir en su valiente línea pastoral en la IV Vicaría pastoral de la Archidiócesis de Madrid, sin duda la más conflictiva de todas. La historia se ha encargado ya, en parte, de repartir las responsabilidades de aquel suceso.

A mí siempre me llamó la atención que un hombre como Iniesta, de profunda religiosidad y con ribetes místicos, hubiese llegado a encarnarse tan radicalmente en la



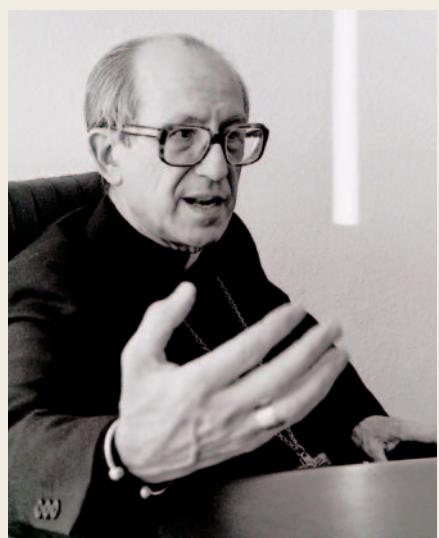
Iniesta, la Iglesia en Transición

Iniesta, el hermano y obispo Iniesta, él fue, él es toda la cifra de la Transición...
desde "aquel" a esto que todavía está por colmar. La Iglesia en Transición. Iniesta. Y aquí en Tríptico -tres, siempre tres-, no como un maestro, sino como y de seguidor y aprendiz de vida. Escuchando, siempre escuchando a esto del Bochinche Damero. Alberto Iniesta escuchando para decírnos de paso... Sobre las "cosillas" de cada día, estas lágrimas de Dios que él recoge en su pañuelo de periodista al trance. Las "cosillas" que pueden ser nada menos que un "Jesús Crucificado" o un pajarito herido; las "cosillas" que van desde la docencia de los obispos

hasta el misterio de los héroes anónimos. Alberto va "pasando" por todo, posando en todo y sonriendo; no magisteriza, sencillamente acentúa y convida. ¿Periodista moderno? o ¿sabiduría bien antigua? Sin sitial, sin secretarios, obispo de calle, de hombres que van y vienen, sudan y charlan. Él charla por tanto y suda con nosotros sin que se lo note demasiado. Y va y avanza en su camino diario; no es fácil seguirle; su paso, siendo el nuestro, es demasiado suyo, porque, a mi parecer, su paso es el de otro hombre que también vino de calle, sin mitra ni hopalandas. El paso de Jesús por Galilea, no solo cuando predicaba, sencillamente cuando

hablaba y acariciaba a los pequeños. Iniesta, y más en estas páginas, marcha con nosotros, dice, acaricia y sigue. Nos enseña a seguir, cada uno con su peso, su problema, su silencio y hasta su agonía. Alberto enseña así (no más, no menos) que a vivir nuestra cotidianidad, eso sencillo que escapa a los largos parlamentos, pero que penetra en los corazones heridos de vida. Iniesta así, con la pluma como de abrazo, en su saludo como si todo fuese bien, con su ironía a flor de alma. No hay más, ni poco ni mucho; un obispo hombre que nos acompaña a la hora de desayunar...

José María de Llanos
(tomado del libro de
Alberto Iniesta *Madre Madrid*, 1991)



Fotos: Carlos Ortega (1988).
Dirección General de Migraciones

lucha por la defensa de los derechos humanos y contra las desigualdades y las injusticias socio-económicas. Era, además, un hombre sobrio y austero, pero nunca triste.

Durante años hemos tenido en esta revista el lujo de contarle entre nuestros colaboradores. En uno de sus escritos (marzo de 1999) hizo esta autocritica de sus años de juventud: "Confieso que desde joven no me porté como un buen hijo. Era rebelde y despegado, independiente y testarudo. Después, siendo seminarista y sacerdote, creo que les traté mejor [a sus padres], pero, aun así, no suficientemente, y luego me ha pesado no haber sido con ellos más cariñoso, detallista y generoso". Las suyas eran colaboraciones a

corazón abierto, sin retóricas, pero siempre muy en sintonía con la Iglesia y la sociedad españolas.

No creo que haya mejor definición de lo que era monseñor Iniesta que la que hizo de él el cardenal Tarancón en las horas críticas de la Asamblea de Vallecas: "Alberto, por su bondad, por su formación teológica y eclesial, por su imaginación poética que le hace ilusionarse fácilmente con el ideal aunque sea irrealizable y hasta por su ingenuidad, no acaba de situarse en la complejidad de la gran capital, siendo excesivamente sensible al halo de la popularidad. Yo tenía miedo de inutilizar a Alberto como obispo, cuando la verdad es que tiene muy buenas cualidades" (*Confesiones*, p. 759).